

BOURDIEU, Pierre (2006): *Autoanálisis de un sociólogo*, Barcelona: Anagrama, 153 pp.

Recientemente se ha traducido al castellano *Esquisse pour une auto-analyse* de Pierre Bourdieu, publicado originalmente en 2004, dos años después de muerto su autor. El título indica ya que en este texto el sociólogo francés intenta poner en marcha un análisis sociológico sobre sí mismo y sobre su vida, alejándose de una autobiografía de corte psicologista, pues, como el propio autor señala, estaría más pendiente de sus deseos y de sus inapetencias que de utilizar todas las herramientas conceptuales y metodológicas que tiene a su disposición para desvelar las razones (sociales) que le conducen hacia esos sentimientos.

Es necesario no ocultar la escasa novedad y alcance de este breve texto, ni siquiera al principio ni en una simple reseña cuyo objetivo, al fin y al cabo, no es otro que el de subrayar su relevancia. Por eso, siento como un deber apuntar que *Autoanálisis de un sociólogo* es poco probable que se convierta en una de las obras capitales de Bourdieu, ni hablar ya de la sociología. Es una obra menor, como puede transparentarse en el hecho de que fue redactada entre octubre y diciembre de 2001 a partir de su último curso impartido en el Collège de France como una nueva versión ampliada del último capítulo de *El oficio de sociólogo*, titulado precisamente «Esbozo para un autoanálisis», si bien luego tomó sobrada autonomía para ser publicado como un texto independiente.

Naturalmente tampoco hay que dejar de atender a los intereses editoriales que pueden esconderse en esta decisión, dado su reciente fa-

llecimiento. Y siguiendo el hilo de esta argumentación, podríamos también hacernos ciertas preguntas relativas a la pronta traducción a nuestro idioma, sobre todo si conocemos que una de sus obras más importantes, como es *El sentido práctico*, tuvo que aguardar once años para poder leerse en castellano. No obstante, dichas preguntas exceden en mucho nuestras pretensiones en este momento, que sólo quieren, como dijimos, dejar constancia de la publicación de este libro, además de animar su lectura.

Así las cosas, la relevancia de este texto reside, sin lugar a dudas, en que su autor es uno de los sociólogos más influyentes de las últimas tres décadas y supone una nueva posibilidad para acercarse hasta él, cosa que nunca está de más porque es frecuente que algunos círculos prefieran ignorarlo o, en su defecto, malinterpretarlo; aunque tal vez no sea la mejor manera para empezar a introducirse en su pensamiento, no porque el libro sea difícil sino porque da por supuestos algunos de sus conceptos más importantes.

No obstante, y a pesar de su naturaleza secundaria, creo que el texto ocupa un lugar interesante en la bibliografía bourdieusiana porque presenta vínculos claros con algunas de sus obras que en absoluto pueden considerarse menores, como *Meditaciones pascalianas*, *Las reglas del arte*, *El sentido práctico* o también *El oficio de científico*, indagando cuestiones que ya fueron abordadas en ellas, pero que tradicionalmente han sido dejadas de lado: la reflexividad, el campo y la aprehensión activa del mundo.

El nombre de Bourdieu está (¿irremediablemente?) atado a *capital*, a *habitus* y a su reproducción (o armonización de los *habitus*), y tal vez *Autoanálisis de un sociólogo* sea el texto en que el





*habitus* ceda más el protagonismo, aunque no del todo, y que no nombre en ningún momento el concepto de *capital*. Posiblemente ésta sea la causa que muchos esgriman para tomar este libro como secundario; en cambio, para nosotros ése es el motivo que nos lleva a reseñarla.

Es cierto que la última parte de la obra está dedicada al *habitus* o, más concretamente, a su propio *habitus*, y que el texto está punteado por referencias continuas al *habitus*. Pero su tratamiento aquí va a diferenciarse del que había sido empleado con normalidad, incluso por el propio Bourdieu. El *habitus* es el conjunto de disposiciones que organizan la manera de pensar, sentir y actuar de cada persona, encauzándola hacia determinadas (*sus*) prácticas en detrimento de muchas otras, en función de las condiciones sociales en las que viva. Es habitual (diríamos que casi obligatorio) que esta afirmación haya sido comprendida como que el *habitus* reproduce de modo inequívoco las condiciones sociales que le dan vida.

De esta manera, no existiría posibilidad alguna de desembarazarse de esos esquemas mentales de percepción, apreciación y actuación por los que clasificamos y vemos nuestro entorno, bien porque no somos conscientes de ese *habitus* que domina nuestras prácticas, bien porque, aun siendo conscientes, está arraigado no sólo a través de nuestra conciencia sino también, y fundamentalmente, por nuestro cuerpo, convirtiéndose en una forma de ser o de estar en el mundo que no puede transformarse por el mero convencimiento o la concienciación.

No podemos negar la existencia de una inercia hacia la reproducción social ni que ésta sea consecuencia, en palabras de Bourdieu, de la violencia simbólica, esto es la aceptación o legitimación por parte de las clases dominadas del *habitus* de las clases dominantes como universal, aunque no se ajuste en absoluto a sus condiciones sociales, con lo que les resulta imposible alcanzar dicho horizonte de pensamiento y de actuación. Pero a la misma vez tenemos que recordar que esa reproducción no es un hecho consumado sino una tendencia o una inercia que debe comprobarse, algo que ya tuvo que admitir en *Meditaciones pascalianas* cuando habló de los *habitus desgarrados* (o de los *habitus lamina-*

*dos*, como dice en este caso) que, con dificultad, han conseguido desprenderse, en parte, de sus condiciones objetivas de existencia.

Bourdieu considera que él mismo estaba dominado por un *habitus laminado* que le había llevado a multitud de tensiones y de contradicciones a lo largo de su vida, debido a que tuvo que distanciarse de las condiciones de vida iniciales —incluyendo a sus padres y vecinos y amigos— en un pueblecito desconocido por sus compañeros de liceo de la región de Bearn, y a que nunca se sintió próximo «al gran papel del profesor, comprometido con la circulación circular de los tribunales de tesis y de oposición, con los juegos y retos de poder sobre la reproducción; distanciamiento, en cuanto a la política y a la cultura, respecto al elitismo y al populismo a la vez» (p. 146). Este *habitus laminado* provocaba en Bourdieu, como a todos, la sensación continua de traición: traición al abandonar el mundo familiar por una cátedra en el Collège de France, aunque supiera que ese mundo familiar estaría más que orgulloso por alcanzar tan prestigiosa posición; y traición al mundo académico por no tener nada que decirle y sentir la necesidad de desacralizar sus ritos iniciáticos (pp. 148-150).

El matiz que introduce la noción de *habitus laminado* o *desgarrado* que aparece en *Autoanálisis de un sociólogo* ayuda a ver algo que, pese a que siempre estuvo presente en la noción más general de *habitus*, solía permanecer oscuro a los ojos de sus lectores. Con el *habitus laminado* Bourdieu quiere señalar que, si bien las personas actúan siguiendo la lógica impuesta por las condiciones sociales, en ocasiones ésta es quebrantada o, como mínimo, tiende a impulsar actuaciones que conducen a vivir en unas nuevas condiciones sociales.

No quiere caer, pues, en un estructuralismo rígido en el que las personas sólo son el reflejo automático y mecánico del lugar que le ha tocado vivir, pero tampoco quiere ceder ante sus críticas y renunciar a un proyecto epistemológico basado en la sociología, con lo que no considera que las personas actúen totalmente libres, como la teoría de actor racional que influye en la psicología y en la economía.

Así, Bourdieu intenta mostrar que la noción del *habitus* explica que la manera de apre-

hender el mundo y de cuál es nuestro lugar dentro de él se produce principalmente no por medio del convencimiento o imposición discursivas sino a través de la práctica, esto es, de nuestra relación —cognitiva y corporal— con las realidades físicas, tanto espaciales (bibliotecas, hogar, ciudades, pueblos, islas, países) como objetuales (la comba, el balón, los libros, los coches, el ordenador, la falda, el pantalón). De ahí que Bourdieu recurra, para revelar su *habitus*, a una multitud de experiencias, como la de vivir en un internado, así como por su relación con su padre que le enseñaba sin frases y con toda su actitud (p. 120).

Por esta razón, dice Bourdieu, existe una intensa inercia a la reproducción social debido a que en el *habitus* suelen representarse exactamente las condiciones objetivas de existencia, aunque en su caso, como todo *habitus desgarrado*, esas condiciones de vida encarnadas en su *habitus* le condujeron a amar el ideal escolar y republicano, que le proporcionaría un destino bien diferente, amén de traicionar sus raíces, hasta tal punto que prefería quedarse leyendo los fines de semana en el internado desierto a ir a su casa (p. 130).

Pero esto no es todo, pues más importante aún es que esta aprehensión del mundo a través de las cosas se hace de manera activa, nunca pasiva, con lo que es necesario una continua actualización o puesta en marcha de cada *habitus* por parte de las personas en su vida diaria, pudiendo triunfar en ella o, por el contrario, fracasar, como cuando un hombre queda en entredicho en el momento de demostrar su virilidad.

En fin, la revelación de que un *habitus* puede desgarrarse de sus condiciones objetivas hace que cobre importancia *Autoanálisis de un sociólogo* porque recupera la necesidad, olvidada en sociología con excesiva frecuencia, de pensar las prácticas o actuaciones de las personas como una permanente puesta a punto, que es vital para poder comprender la noción de *campo*, sobre todo porque es cuando más elaborada se presenta ésta en su obra. De no ser así, sólo podremos (mal) interpretarla a la manera estructuralista, a saber como el lugar de la estructura que provee mecánica y unívocamente los esquemas mentales a las personas.

De este modo, a partir del hallazgo de que la realidad es captada activamente por medio de

las «cosas», podemos descubrir que el campo es «el espacio de los posibles», o sea, donde se esparcen las posibilidades que son capaces de provocar el cumplimiento (o no) del *habitus*. Esta concepción formalmente concebida del *campo* asoma, desde luego, en *Autoanálisis de un sociólogo* cuando, por ejemplo, comenta las posiciones que tuvo que tomar tanto en el campo académico francés de los años cincuenta (la lucha contra Sartre, el intelectual dominante en esa época, y el acercamiento a otros intelectuales, como Canguilhem o Aron, que, aun aceptando su dominación, daban abrigo a ciertos discípulos) como en sus incursiones empíricas por tierras argelinas en tiempos de guerra, así como que esas tomas de posición venían condicionadas o engendradas por su *habitus*.

Obviamente esta puesta en marcha o puesta a punto no ocurre sólo en los *habitus desgarrados*, que no dejan de ser una excepción, sino que todos los *habitus* deben actualizarse en cada campo social en que participe, es decir, debe intentar manejar los campos a los que se ve arrojado a participar (educativo, científico, político, periodístico, etc.) de la forma que es impelido a hacerlo, haciendo uso de su conocimiento de la historia que le antecede para tratar de sacar provecho de ella y adueñarse del capital que está en juego (*illusio*), aunque puede no tener fortuna o tener menos de la esperada. Sin embargo, lo que sucede en un *habitus desgarrado* es que tiene mejores resultados en un determinado campo (o simplemente llega a participar en alguno específico, como el científico) de los que cabría esperarse en función de unas condiciones sociales de partida que prometen escasas probabilidades de éxito.

Una vez vista la importancia de este texto por la luz que arroja sobre conceptos centrales en el conjunto de la obra de Bourdieu, como *habitus* y *campo*, hemos de decir que también toma un valor especial por el ejercicio de reflexividad que supone. En primer lugar, porque la reflexividad es un requisito imprescindible en la tarea del sociólogo al explicitar las condiciones sociales en que se produce cualquier conocimiento, esto es, al objetivar el sujeto encargado de objetivar la realidad, para hacer de la mejor manera posible el difícil oficio de organizar el retorno de lo re-

primido y «en decir a la cara de todos lo que nadie quiere saber» (p. 152). Y en segundo lugar, porque, así, mediante esta práctica reflexiva, consigue desvelar el error escolástico en que se ven sumidos la inmensa mayoría de artistas e intelectuales (sobre todo los filósofos) cuando ocultan que sus actuaciones están determinadas por las condiciones de existencia en las que viven, pues su *habitus* les predispone para alcanzar posiciones elevadas, y defienden, por el contrario, que dichas posiciones son producto de un mayor esfuerzo personal. Este libro contribuye a bajar de la nube especulativa a los intelectuales (sociólo-

gos incluidos) y aterrizarlos en un campo académico en el que deben jugar de la manera más efectiva sus bazas.

Para terminar, sencillamente subrayemos que, a pesar de su estilo algo caótico y quizá algo carente de la sistematicidad de otras obras, pueden reivindicarse varias virtudes de este *Autoanálisis de un sociólogo* de Pierre Bourdieu, como hemos intentando resumir de forma escueta en estas pocas páginas, además de recalcar las conexiones más evidentes que suscita su lectura.

José Diego SANTOS VEGA

